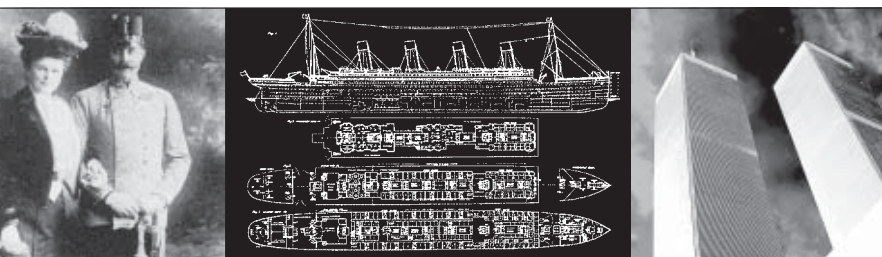


Sarajevo / Nueva York

Es sobre todo la capacidad destabilizadora de las fuerzas irregulares del terrorismo lo que induce a establecer esta trágica simetría evocadora.

Claudio Rolle C. | Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política



Al escribir estas notas resulta casi inevitable la tentación de establecer una forma de simetría entre los inicios del siglo XXI y los de la pasada centuria. La amenaza de guerra, de una guerra temida y a la vez aceptada como fatal consecuencia de las líneas de desarrollo del siglo anterior hermana ambos inicios. Del mismo modo, una cierta fascinación por las conquistas científicas y técnicas de la humanidad es uno de los elementos comunes a ambas partidas, con lo que se tiende a opacar las corrientes críticas de los modos de desarrollo que caracterizaron la Europa de fines del siglo XIX y de manera mucho más clara a las fases finales del siglo XX cuando se comenzó a dimensionar, con estupor y desconsuelo, el costo del progreso. En estos aspectos los años iniciales de ambos siglos se aproximan pero es sobre todo la capacidad destabilizadora de las fuerzas irregulares del terrorismo lo que induce a establecer esta trágica simetría evocadora. También se puede aventurar la existencia de señales simbólicas que aproximan estos dos momentos de la historia mundial como aquí propondremos.

El comienzo del siglo XX estuvo marcado por grandes esperanzas pero también por temores velados que se hicieron realidad de manera dramática en el verano europeo de 1914. La confianza en el desarrollo de la ciencia y la técnica, las evidentes transformaciones en las formas de vida cotidiana con una tendencia a la urbanización y al cosmopolitismo, la creencia

ampliamente divulgada en la idea del progreso continuo de la especie humana, que cautivaba aún a quienes sostenían el papel central del conflicto en esta evolución histórica irrefrenable, fueron tonos dominantes en el amanecer de un siglo que, desde los ojos europeos, debía confirmar el crecimiento y la expansión de la civilización industrial por todo el mundo. Para entonces el mundo era ya global pero no aún globalizado y en la perspectiva de la mayoría de los gobernantes y pensadores europeos aún no aparecían claras señales amenazadoras para el orden que desde las metrópolis regía un mundo colonial. Era, como recordaba Stefan Zweig, el mundo de la seguridad y en él el futuro se podía mirar con optimismo a pesar de la existencia de graves dificultades derivadas de los costos de la construcción de la Europa de las naciones y los imperios. En ese comienzo de siglo aún los patrones culturales de este continente eran determinantes en todo el mundo y no se pensaba en la idea de una pluralidad de opciones alternativas. El multiculturalismo, la crítica a la sociedad burguesa, las ideologías de la sociedad de masas, la cultura popular moderna eran fenómenos que sólo pocos atisbaban en el cambio de centuria y que a la larga caracterizarían la evolución del siglo que partía. Un alto, un altísimo costo pagarían los habitantes de la «ciudadela del orgullo» por su presunción y su optimismo ciego frente a las condiciones que el orden europeo había llevado a todo el orbe. Ya se

sabe. El siglo XX ha sido reprobado por la mayor parte de los historiadores obteniendo muy malas calificaciones y recibiendo más bien el título del siglo del horror que el del progreso.

Esta evaluación retrospectiva realizada en los años noventa y en torno al 2000 invitaba a reflexionar no sólo a los historiadores sino también a gobernantes y a muchos actores sociales, buscando extraer aprendizajes de la barbarie vivida en el pasado reciente. El temor a la guerra fría y la estrategia de la tensión parecían haber terminado y se miraba con fascinada ilusión el mundo de la globalización, de la instantaneidad y de las comunicaciones, de las posibilidades para todos y de promisorias perspectivas de crecimiento veloz, limpio y técnico. Esta visión se ha visto duramente golpeada en Nueva York y Washington haciéndonos despertar frente a una historia que supera las voluntaristas expresiones de confianza y optimismo frente al futuro y deja en evidencia los gestos miopes e indolentes de quienes creían poder ofrecer un nuevo orden mundial, pero que no fueron capaces de comprender las dificultades de un escenario cultural cada vez más complejo y que liberaron fuerzas que luego no pudieron controlar. Nuevamente la fábula del aprendiz de brujo se comienza a manifestar con toda su pesadillesca fuerza.

Otro enemigo, «mortal e invisible»

En los inicios del siglo XX, y aún antes de que en Sarajevo se comenzara a desarrollar el camino final al suicidio de Europa, el accidente del Titanic resultó premonitorio pues desmintió la arrogante confianza en la técnica y el progreso europeos, y las grandilocuentes declaraciones de sus armadores y comandante. Esta nave en alguna

medida fue una representación de la civilización burguesa de fines del XIX y del XX, con sus contrastes, sus ilusiones y obsesiones y como ella naufragó por su descuidado orgullo y su pretenciosa ilusión de controlarlo todo. Fue un presagio del naufragio de una época.

En un tiempo en que las declaraciones arrogantes hablan del fin de la historia y plantean que el término de la guerra fría ha liberado de obstáculos un orden mundial que aparece como un promisorio escenario global, se ha dado la trágica coyuntura en la cual algunos de los símbolos de este nuevo orden se han derrumbado literalmente superando en muchos aspectos las fantasías catastrofistas del cine y los medios. Como en el otro inicio de siglo, la arrogancia del éxito y la ambición del triunfo han llevado a descuidar los riesgos, a no estudiar las aguas por donde se transita y a chocar contra un «enemigo mortal e invisible». Hoy, a diferencia de ayer, la confianza estaba puesta en un sistema mundial de comunicaciones y negocios, de expresiones políticas y principios de derecho que, con un sonido mucho más fuerte que el del hielo rajando el casco del Titanic, con muchas más víctimas en el mismo evento y con una instantaneidad y velocidad sorprendentes, ha golpeado la nave de la confianza del mundo occidental y ha desatado los miedos.

Como ante Sarajevo, el estupor por el éxito del terrorismo incita a una respuesta ejemplificadora pero, como también sucedió entonces, se corren los riesgos de hacer el peor de los cálculos y llevar de verdad a una civilización no sólo a un naufragio, finalmente corregible con prudencia en futuros viajes, sino al camino sin vuelta del suicidio que Europa vivió entre 1914 y 1918. ru

[Hoy, a diferencia de ayer, la confianza estaba puesta en un sistema mundial de comunicaciones y negocios, de expresiones políticas y principios de derecho que, con un sonido mucho más fuerte que el del hielo rajando el casco del Titanic, con muchas más víctimas en el mismo evento y con una instantaneidad y velocidad sorprendentes, ha golpeado la nave de la confianza del mundo occidental y ha desatado los miedos.]